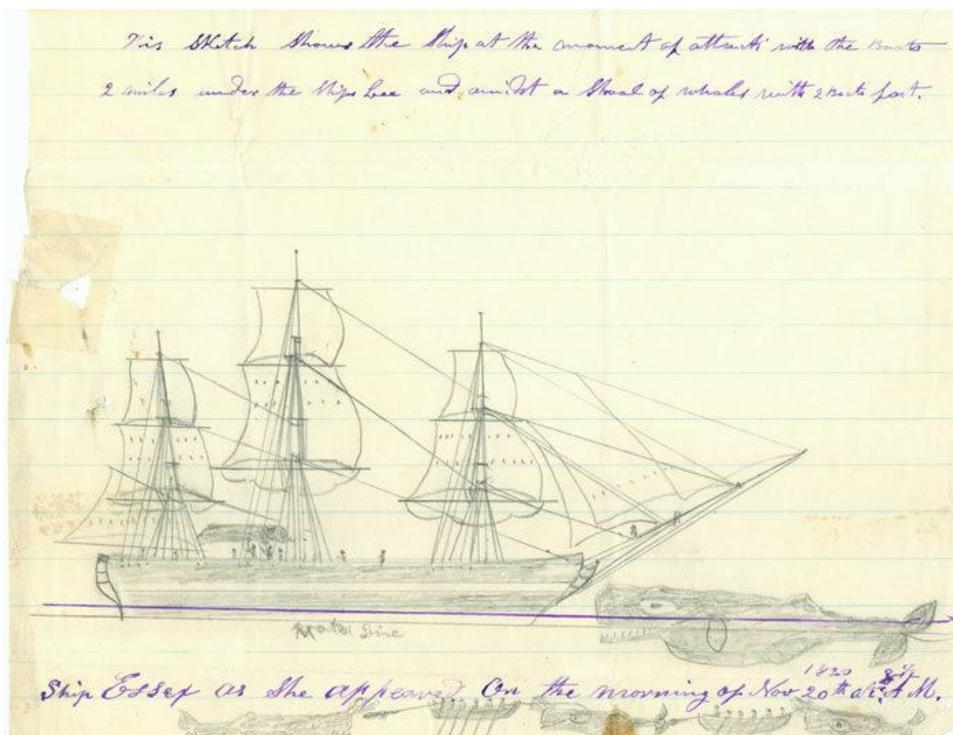


Hundido por un narval



Autor: José Ángel del Río, piloto de la Marina Mercante

Las naufragios producidos por mamíferos marinos son harto raros en la historia de la navegación, si bien ha habido casos en que se han confirmado este tipo de incidentes. El más conocido es el del ballenero *Essex*, con base en Nantucket, Massachusetts, de 238 toneladas de registro y 27 de eslora. Estaba al mando del capitán George Pollard cuando resultó hundido por un cachalote en el Océano Pacífico el 20 de noviembre de 1820. Se hallaba faenando a la pesca de la ballena y fue embestido por dos veces antes de hundirse a consecuencia de una vía de agua. El relato de los supervivientes fue utilizado en 1851 por Herman Melville en su célebre novela *Moby Dick*. Ese mismo año, el 7 de noviembre, y en circunstancias análogas naufragaba también otro ballenero, el *Ann Alexander*, con base en New Bedford, Massachusetts, después de que una ballena hiciese trizas dos de sus botes. El relato de los supervivientes sirvió para contribuir más aún al éxito de la novela de Melville.



Dibujo que muestra al *Essex* a punto de ser golpeado por una ballena el 20 de noviembre de 1820

En la historia marítima de nuestro país no tenemos ningún buque hundido por una ballena o cachalote, al menos que yo sepa, pero sí de uno hundido por un narval, una acción también singular, por cuanto que este animal no es fácil de ver en nuestras latitudes, y más aún cuando el buque español transitaba pacíficamente sin acechar animal alguno. Esto es lo que cuenta el *Boletín de Comercio* de Santander del 30 de noviembre de 1867:

“Dice nuestro apreciable colega del Norte de Asturias, diario de Gijón:

Detalles.- Hemos recibido los curiosos pormenores siguientes acerca del naufragio ocasionado por un pez al patache «Joven Carlos». Este buque, de porte de 60 toneladas y con cargamento de cal, salió de este puerto [Gijón] para el de Vigo, el miércoles 20 del corriente, a las nueve de la mañana; a las cinco y media de la tarde, en alta mar y sobre la altura de Luarca, los tripulantes contemplaron con asombro una gran masa negra que se venía aproximando a la embarcación; momentos después descubrieron un enorme cetáceo, perteneciente según ellos a la clase conocida con el nombre de Narval, de una longitud que calculan en 150 pies; aun cuando este dato sea exagerado, supuesto que Buffon dice que tienen generalmente no más de unos 70 pies, de los cuales 14 corresponden al colmillo superior, es decir que su aparición les infundió el mayor espanto: de seguida el buque sufrió tal acometida que empezó a hacer agua: la tripulación acudió a las bombas, pero en vano, pues el buque se iba sumergiendo por instantes; entonces con gran trabajo echaron la lancha al agua por el costado opuesto al en que permanecía el Narval, y consiguieron apartarse del buque, en el cual siguió cebándose la fiera marina; la hizo saltar varias veces sobre la superficie del mar, hasta que por fin el buque se sumergió por completo.

Los desgraciados náufragos poseídos del mayor terror, luchando con las olas y la crecida marejada del Nordeste, pasaron una noche terrible. Exánimes, rendidos por el frío y por la fatiga, y temiendo a más un nuevo ataque del cual seguramente serían víctimas: por fin a las siete de la mañana después de haber estado remando catorce horas, consiguieron entrar en el puerto de Luarca, salvando así sus vidas y dando gracias al Todopoderoso por haberles librado de tan inminente peligro”.

Para puntualizar diremos que el *Joven Carlos* no era un patache sino un bergantín de 133 TRB y 24,10 mts. de eslora, propiedad de D. José Antonio Cazorla y construido en los astilleros de Aguinaga (Guipúzcoa) en 1849.

Su capitán, D. Bernardino Rodríguez, añadió en la protesta de mar relativa a este evento que “(...) hallándose el compareciente al timón puso caña a babor para separarse de él [el animal], más al hallarse dicho animal como a cuatro brazas del buque, dobló la cabeza, clocándose bajo el costado de dicho buque, sintiendo en aquel instante un estremecimiento de la nave, viéndole salir por la aleta del mismo costado (...)”¹

Parece obvio que no fue un choque accidental, sino que el narval fue directamente a embestir la embarcación. Tampoco es comprensible que confundiera el buque con una hembra, por cuanto que los rituales de apareamiento se producen sobre el mes de marzo. Como ya he señalado, no tengo noticia de ningún otro buque español hundido por un cetáceo, al menos directamente, pero si uno de manera indirecta.

El 2 de junio de 1947, cuando dos pesqueros de la matrícula de Santoña, el *Juan Manuel Manzanedo*, y el *Juan Subisaga*, perseguían una gran marsopa, a la que

¹ *Naufragios, abordajes y percances de la Marina Mercante Asturiana, 1845-2000.* José Ramón García López, pags. 53-54.

intentaban ahuyentar para que no se cebara con los cardúmenes de bocarte, se abordaban entre sí en el barullo de esta “cacería marítima”.²



El *Juan Subisaga*, que se hundió por abordaje en circunstancias especiales

Como consecuencia de una vía de agua, el último se fue a pique. Su tripulación fue rescatada por el *Juan Manuel Manzanedo*, más nuevo y con más aguante, propiedad de la Cofradía de Pescadores Nuestra Señora del Puerto. La tripulación fue desembarcada en Santoña.

² *Un retazo de la historia santanderina*, Rafael González Echegaray, pag. 98.